NORMAN BETHUNE

El crimen de la carretera Málaga-Almería

(Febrero de 1937)

Exposición y edición de
Jesús Majada Neila

CONSEJERÍA DE CULTURA
Centro Andaluz de la Fotografía

DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE MÁLAGA

CONSEJERÍA DE SALUD



Exposición: Una iniciativa del ***Centro Andaluz de la Fotografía***
C/. Martínez Campos, 20
04002 - ALMERÍA
Tlfs. (34) 950 26 94 33 / 950 26 95 50 - Fax (34) 950 26 99 46

Caligrama Ediciones
c/. El Pinar, 28
29631 – BENALMÁDENA (Málaga)
Tel. 606 39 75 50
caligramaediciones@gmail.com

Editado con la colaboración de:

- ***Consejería de Salud***
- ***Consejería de Cultura (Centro Andaluz de la Fotografía)***
- ***Diputación Provincial de Málaga***

Impresión: Imprenta garcía de Rute

Depósito Legal: CO583/2004
ISBN: 84-95783-24-X

I

Norman Bethune

Norman Bethune

Hay personajes que subyugan por encima de ideologías, confesiones o pronunciamientos políticos. Son esos personajes altruistas, solidarios, desinteresados y generosos que dedican su vida a una idea. Son esos personajes en los que la idea que les marca el camino les lleva siempre a ayudar a los demás. Son esos personajes a los que los jóvenes deseosos de cambiar el mundo miran como punto de referencia.

Entre estos personajes se encuentra Norman Bethune.

Nacido en 1890 en Gravenhurst (Ontario, Canadá), Norman Bethune interrumpió sus estudios de medicina en la Universidad de Toronto para enrolarse como camillero de ambulancia durante la Primera Guerra Mundial. Luego obtuvo la licenciatura en 1916. Realizó estudios de posgraduado en diversos hospitales de Gran Bretaña. En Edimburgo conoció a Frances Campbell Penney, una hermosa y rica muchacha, con la que se casó en 1923. Sin embargo, sus personalidades chocaron pronto.

Se instaló en Detroit, pero al descubrir en 1926 que estaba enfermo de tuberculosis regresó a Gravenhurst, en donde permaneció en el sanatorio de Calydor. Su esposa estaba decidida a

permanecer a su lado, pero Bethune ya había solicitado el divorcio, y quería que Frances volviese a Escocia. Consciente de que su enfermedad era incurable, deseaba que su mujer pudiese rehacer su vida. A pesar de la separación, siguieron escribiéndose con frecuencia y permanecieron siempre muy unidos.

Bethune prácticamente había abandonado su combate contra la enfermedad, cuando desde el sanatorio Troudeau en el lago Saranac de New York recibió una llamada que cambió su vida. Allí descubrió un nuevo y controvertido tratamiento de la tuberculosis, el neumotórax (inyección de aire en el pecho a fin de comprimir el pulmón). En aquel momento sólo había trece médicos en el mundo capaces de practicar esta técnica. Bethune se sometió al tratamiento y se curó. Poco más tarde abandonó el sanatorio Troudeau y se instaló en Montreal para poder investigar sobre cirugía torácica junto al Dr. Archibald, uno de los pioneros de la nueva técnica. Bethune escribió diversos artículos sobre el desarrollo de nuevos instrumentos quirúrgicos[1], que tuvieron como resultado la

[1] Noman Bethune contribuyó mucho al avance del instrumental quirúrgico desarrollando o perfeccionando doce nuevos instrumentos, casi todos ellos referidos a la curación de la tuberculosis. Inventó nuevos aparatos de neumotórax, así como las cizallas de seccionar las costillas, el tubo estanco de aire para la operación del empiema, el torniquete utilizado en lobectomía y las tijeras para la toracoscopia.

creación de una obra que sirvió de libro de referencia esencial para cualquier cirujano.

Estas innovaciones constituyeron la primera manifestación de su extraordinaria aptitud para la invención mecánica aplicada a la medicina. A lo largo de su vida se caracterizó Bethune por la búsqueda (y consecución) de soluciones nuevas para los problemas con que se encontraba en el tratamiento de sus pacientes. Se caracterizó tanto por su éxito en poner en marcha adelantos quirúrgicos que luego se desarrollaron en todo el mundo, como por su habilidad para fabricarse él mismo el instrumental quirúrgico a partir de hierros, piedras, maderas o cualquier material de desecho, cuando las extremas condiciones de penuria con que hubo de trabajar más tarde lo requirieron.

Entre 1928 y 1936 se convierte en un célebre especialista en el tratamiento de la tuberculosis. Se encontraba por estos años en el cénit de su carrera profesional. El éxito, la fama y el dinero le rodeaban. Reputado cirujano pulmonar, pintor, escritor, buen orador, coleccionista de arte, se convierte en uno de los personajes más solicitados de la alta sociedad de Montreal. Despliega una sorprendente actividad. Lleva una vida mundana, pero tiene tiempo para sus aficiones artísticas, para sus investigaciones médicas y para las actividades filantrópicas: organiza y costea unas clases de arte para niños pobres en su propio apartamento todos los sábados por la mañana. De igual manera que gana dinero lo derrocha.

Pero Bethune se da cuenta de que algunos de sus pacientes no terminan de curarse, porque después de ser tratados no viven en las condiciones higiénico-sanitarias adecuadas. Y emprende una encendida defensa de una sanidad que generalizara los tratamientos médicos a toda la población de Canadá, es decir, la implantación de un régimen público de asistencia sanitaria. Defiende que la mejor protección de la salud sería el cambio del sistema económico que engendra la falta de higiene, y la eliminación de la ignorancia, la pobreza y el paro: “Si no se puede cambiar el modo de funcionamiento de la sociedad, si no estamos seguros de poder detener la pobreza y la iniquidad, entonces es necesario actuar de forma que otras cosas -como la atención sanitaria pública- sean ofrecidas en un nivel aceptable que ayude a nivelar esta desigualdad”.

Sin duda se trataba de un verdadero visionario que luchaba por un mundo más justo e igualitario. Pero este tipo de planteamientos, así como su controvertida personalidad, empieza a ser considerado demasiado radical en ciertos ambientes médicos. Bethune sigue adelante y propone al gobierno de Canadá un programa que tiene como fin establecer un sistema de cuidados sanitarios de carácter universal. Su propuesta no fue aceptada. Sin embargo, la irrefutabilidad de sus recomendaciones, avalada por el prestigio y los buenos trabajos de Bethune en el extranjero,

terminó por hacerse sitio -años más tarde- en el seno del sistema sanitario canadiense.

Pero Bethune se sentía insatisfecho en su acomodada situación de Jefe de Servicio del Hospital *Sacre-Coeur* de Montreal. Es el año 1936. Intuye que la guerra de España es un ensayo general de la Guerra Mundial que se avecina, un enfrentamiento entre dos conceptos sociales opuestos, democracia y fascismo: *La democracia se debate entre la vida y la muerte. Comenzaron en Japón, ahora en España, y después en todas partes. Si no los detenemos en España, ahora que aún podemos hacerlo, convertirán el mundo en un matadero.*

En el invierno de 1936 renuncia a su envidiable puesto de cirujano, abandona todo y se enrola como voluntario para ayudar a los republicanos en la Guerra Civil española: *Me niego a vivir sin rebelarme contra un mundo que engendra crimen y corrupción. Me niego a cerrar los ojos por pasividad o por negligencia sobre las guerras que los hombres codiciosos libran contra los otros hombres*. Llega a España el 3 de noviembre de 1936 para coordinar y organizar la ayuda médica que desde Canadá se envía al Gobierno de la República.

Examinada la situación, decide crear un Servicio Médico Canadiense que trabajará cerca de los heridos, en el mismo frente de batalla, para suministrar sangre: es la primera vez que se utiliza una unidad móvil de transfusiones. Este sistema lo pondrá en fun-

cionamiento también en China, y su utilización se generalizará durante la Segunda Guerra Mundial. Con un reducido equipo de colaboradores (Hazen Sise, Henning Sorensen y Allen May) acomoda en una furgoneta comprada en Francia el material médico necesario (un generador, un frigorífico, una autoclave, botellas, jeringuillas, etc.) y crea un *Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre*, que la distribuirá desde Madrid y Barcelona a los distintos frentes, a los que a veces sólo puede llegar transportando el aparato de transfusión a lomos de una mula.

Su espíritu emprendedor y pragmático hace que muy en pocas semanas el Servicio Canadiense empiece a funcionar y vaya extendiendo y ampliando su radio de acción. Primero desarrolla su actividad en las afueras de Madrid, pero pronto distribuye y transfunde sangre en la sierra de Guadarrama: de la sierra confecciona Bethune un mapa con detalle de todos los arroyos en donde podía ponerse a enfriar la sangre en caso de que se estropeara el frigorífico o el generador. Luego amplía su campo de acción a Guadalajara. Y más tarde trabaja también en Cataluña y Valencia.

El 7 de febrero de 1937 la población de Málaga, temerosa de las represalias del ejército del general Franco, huye despavorida y en masa en dirección hacia Almería, única salida posible. Más de cien mil personas, la gran mayoría civiles inermes, son perseguidos por las columnas italianas y atacados despiadadamente por la aviación alemana y por los buques de la marina nacionalista. Es

una inmensa hilera humana, que se estira de Málaga a Almería. La componen los más débiles: sobre todo ancianos, niños y mujeres. Aunque menos conocido que otros, fue el hecho más vergonzante de la Guerra Civil: más que las matanzas de Badajoz, más que el bombardeo de Guernica.

Ante las noticias del éxodo, Bethune se había dirigido a Almería para socorrer a los refugiados que hasta allí llegaban. Cuando comprueba la dimensión de la tragedia, decide desmontar los utensilios médicos de la ambulancia y utilizar el vehículo para llevar hasta Almería a los más necesitados, especialmente niños. Durante tres días sin descanso él y sus ayudantes Hazen Sise y Thomas Worsley hacen incursiones en la carretera para transportar a niños y ancianos.

Los horrores de estos hechos (la muerte, el hambre, el cansancio, el miedo, la angustia y la desesperación de los malagueños) quedaron reflejados en el inquietante relato (*El crimen de la carretera Málaga-Almería*) que escribió el Dr. Bethune y en las tremendas veintiséis fotografías de su colaborador Hazen Sise.

Persona de un carácter fuerte y a veces difícil, chocó en repetidas ocasiones con algunos de los médicos españoles de la República; incansable en su actividad, no soportaba ver a la gente inactiva; no comprendía que en plena guerra la gente durmiera la siesta cuando había tantas cosas que solucionar. Sin embargo, otras muchas personas lo recuerdan brillante, enérgico, pragmático, in-

fatigable y generador de confianza; personas que están convencidas de haber tenido la suerte de trabajar al lado de un personaje singular, admirable y dispuesto a cambiar el mundo tanto con sus ideas como con su acción.

En junio de 1937 regresó a Canadá y Estados Unidos. Realizó una gira en la que, a través de conferencias y de la proyección del documental *Corazón de España*, dio a conocer el trabajo realizado por el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre. Bethune ya no volvió. Sólo había permanecido ocho meses en España. Con el dinero recaudado en esta gira, el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre siguió funcionando.

Pero poco más tarde, 1938, su inquietud le lleva a China, para ayudar como médico a las tropas de Mao Tse-Tung en su lucha contra la invasión de los japoneses: *El hecho de que me dirigiera a España no me concede ni a mí ni a nadie indulgencia alguna para quedarnos ahora tranquilamente al margen. España es una herida en mi corazón.¿Entiendes? Una herida que nunca cicatrizará. El dolor permanecerá siempre conmigo, recordándome siempre las cosas que he visto... España y China son parte de la misma talla. Me marcho a China porque es allí donde la ayuda es más necesaria; donde yo puedo ser más útil.*

Dedicará el resto de su vida, como Jefe Médico del Ejército Popular, a la incansable y extenuante labor de cirujano de campa-

ña y de formador de personal sanitario chino. Asimismo, llevó a cabo la implantación y organización del sistema de sanidad pública. A pesar de los limitadísimos medios de que disponía, creó la primera unidad médica móvil del mundo, que salvó la vida a multitud de soldados; se componía de ocho personas: un intérprete, un cocinero-ayudante y el personal médico.

Su vida en China fue muy solitaria. Sólo su intérprete sabía inglés; él aprendió sólo unas pocas palabras y frases elementales en chino. En sólo dos años había pasado de ser el más reputado cirujano de Montreal a médico perdido en China, sin medios para trabajar y sin absolutamente nadie con quien hablar. Para Bethune, brillante orador y conversador, tuvo que resultar difícil y dolorosa esta situación de incomunicación. Tal vez por ello dedicaba sus ratos libres a escribir.

La falta de equipamiento y suministros con que desarrollar su actividad era su principal problema. La ausencia de guantes de goma para operar tuvo consecuencias funestas. A finales de octubre de 1939 se cortó un dedo durante una operación de urgencia. Su condición física era ya delicada, y la herida se infectó. Enseguida la infección se propagó por todo el cuerpo. Murió el 12 de noviembre de 1939.

Moría un hombre que había dedicado su vida a ayudar a muchos chinos, que se había empeñado en mejorar la atención sanitaria de los canadienses más pobres, que abandonó todo para venir a

España a defender la libertad, y que no dudó en dedicarse en cuerpo y alma a socorrer a los miles de malagueños que huían en febrero de 1937. Siempre al lado de los más desfavorecidos, siempre al lado de la humanidad, que para él nunca fue un concepto sino una realidad palpable.

A veces encontramos gentes, heroicas en su actitud y en su compromiso, que son mensajeras de esperanza, y que son una inspiración para todos nosotros. Personas de coraje extraordinario que dicen con franqueza lo que piensan, cualesquiera sean las consecuencias; que creen en la libertad y en la necesidad de no aceptar jamás la tiranía bajo cualquier forma que se presente; que actúan porque consideran que hay que ser consecuentes e intervenir en aquello en que se cree.

Norman Bethune es un hombre de ese temple. Por ello es símbolo perdurable del papel del individuo en la transformación de la sociedad. Canadá lo recuerda como un genio de la medicina y como el símbolo de la solidaridad humana. En China es uno de los personajes más queridos y admirados de su reciente historia, y lo veneran como a un santo. En España, en Málaga, es un desconocido.

V

Exposición

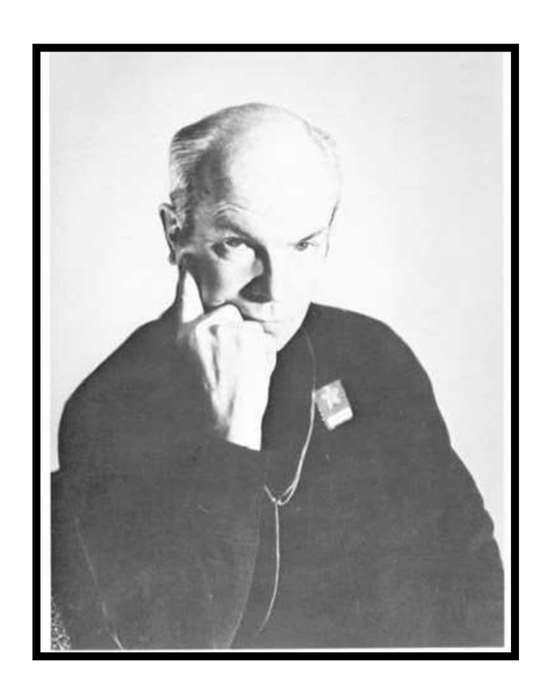
Norman Bethune

Bethune en España

El crimen de la carretera Málaga-Almería

1.- Norman Bethune

Me niego a vivir sin rebelarme contra un mundo
que engendra crimen y corrupción



Hay personajes que subyugan por encima de ideologías, confesiones o pronunciamientos políticos. Son esos personajes altruistas, solidarios, desinteresados y generosos que dedican su vida a una idea. Son esos personajes en los que la idea que les marca el camino les lleva siempre a ayudar a los demás. Son esos personajes a los que los jóvenes deseosos de cambiar el mundo miran como punto de referencia.

Entre estos personajes se encuentra Norman Bethune. Dedicó su vida a atender a los más desfavorecidos primero en Canadá, su país; luego en España; y finalmente en China, donde murió.



Bethune (centro), con veinte años, trabajando en el norte de la bahía de Georgian.

Nacido en 1890 en Gravenhurst (Ontario, Canadá), Norman Bethune alternó en su juventud unos estudios no siempre brillantes con trabajos esporádicos como leñador. Interrumpió su carrera de medicina en la Universidad de Toronto para enrolarse como camillero de ambulancia al comenzar la Primera Guerra Mundial. Luego obtuvo la licenciatura como médico en 1916.

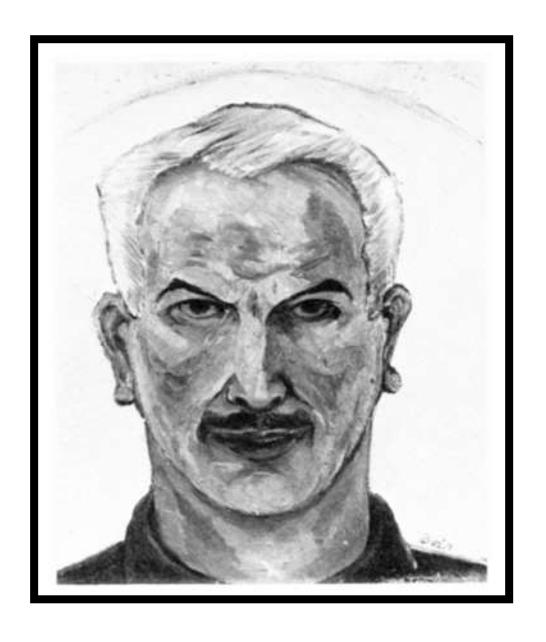
Soy feliz haciendo lo que creo que debo hacer. ¿Qué más puedo pedir?

El Dr. Bethune, a la izquierda, con otros colegas en el Hospital Troudeau (Montreal, 1927).



De 1928 a 1936 fue cirujano torácico en Montreal. Llegó a ser un célebre especialista en el tratamiento de la tuberculosis: desarrolló nuevo instrumental quirúrgico y escribió un tratado que se convirtió en referencia esencial de cualquier cirujano.

La tuberculosis causa más muertes por la falta de dinero que por la falta de resistencia a la enfermedad: el pobre muere porque no puede pagarse la vida.

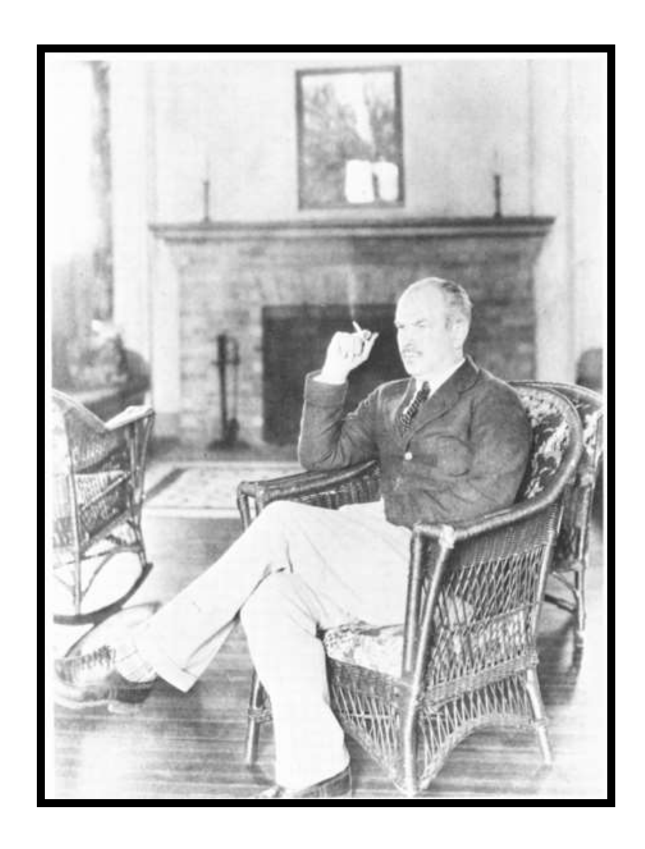


Autorretrato (1935). Bethune, además de médico, era pintor y poeta.

Pero la preocupación principal de Bethune era la socialización de la medicina. Comprobó que la mortandad era más alta entre sus pacientes más pobres por la falta de higiene y de cuidados médicos adecuados.

Bethune propuso al gobierno de Canadá la implantación de una Seguridad Social que alcanzara a todas las personas. Su propuesta no fue aceptada, pero años más tarde sus recomendaciones terminaron por implantarse en el seno del sistema sanitario canadiense.

Si no se puede cambiar el modo de funcionamiento de la sociedad, si no estamos seguros de poder detener la pobreza y la iniquidad, entonces es necesario actuar de forma que otras cosas -como la atención sanitaria pública- sean ofrecidas en un nivel aceptable que ayude a nivelar esta desigualdad.



Norman Bethune, fumador impenitente, en otoño de 1936.

En aquellos momentos de su vida Bethune había alcanzado éxito, fama y riqueza. Despilfarraba el dinero con la misma facilidad que lo ganaba.

Creó una clínica de atención gratuita para necesitados y fundó una escuela de arte para niños pobres. Las deficiencias de los servicios de sanidad pública y el fascismo eran sus enemigos personales.

Deberíamos ser como los monjes, yendo por esos mundos en sandalias y harapos. El propósito de nuestras vidas es el de cuidar y resucitar el cuerpo humano. Eso debería ser el sagrado propósito; y nuestra dedicación debería ser tan sagrada como nuestro propósito.



Norman Bethune en el barco que le traía a España.

En octubre de 1936 abandonó su puesto de Jefe de Servicio del Hospital Sacré-Coeur de Montreal, y se dirigió a España para trabajar como médico voluntario de las Brigadas Internacionales durante la Guerra Civil.

Organizó el servicio móvil de transfusión de sangre del ejército republicano en el frente de Madrid. Sus servicios también llegaron hasta Valencia y Barcelona.

En febrero de 1937 ayudó a la población civil de Málaga, que huía en masa de la ciudad.

Con voz como la trompeta de Gabriel querría rugir al oído del mundo dormido, ahogando a los necios y falsos que aún siguen extendiendo la mentira. Con la voz de la trompeta de Gabriel despertaría a los millones de indiferentes que hay más allá de las fronteras de esta España invadida: "¡Vuestras manos están manchadas de sangre de inocentes; todos vosotros, que dormís tranquilamente esta noche...!"



Bethune ante la Oficina Médica de Ayuda a la Democracia Española.

En junio de 1937 regresó a Canadá y Estados Unidos. Realizó una gira en la que, a través de conferencias y de la proyección del documental Corazón de España, dio a conocer el trabajo realizado por el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre.

Bethune ya no volvió. Sólo había permanecido ocho meses en España. Con el dinero recaudado en esta gira, el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre siguió funcionando.

España es una herida en mi corazón. Una herida que nunca cicatrizará. El dolor permanecerá conmigo, recordándome siempre las cosas que he visto...



Bethune y el general Nieh Jung-Chen (centro) con un periodista en junio de 1938.

En 1938, Bethune se fue a China para ayudar como médico a las tropas de Mao Tse-Tung en su lucha contra la invasión de los japoneses. Enseguida le encomendaron la Jefatura de los Servicios Médicos del Ejército Rojo.

España y China están comprometidas en la misma lucha. Me voy a China porque creo que es allí donde las necesidades son más urgentes y donde yo puedo ser más útil.

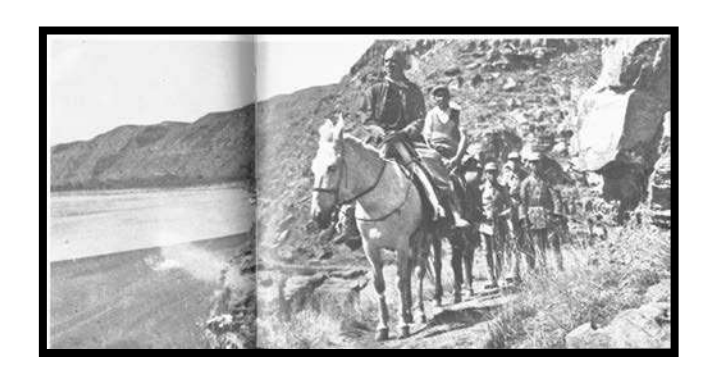


Bethune, inclinado sobre el paciente, operando en el campo. Éste, traído directamente de la batalla, yace en una camilla de madera.

Planificó la medicina del ejército y enseñó sus conocimientos a los médicos chinos. Asimismo, llevó a cabo la implantación y organización del sistema de sanidad pública.

Qué hermoso es el cuerpo humano; qué perfecta cada una de sus partes; con qué precisión se mueve; qué obediente, orgulloso y fuerte.

¡Qué terrible cuando está destrozado! La trémula llama de la vida se consume poco a poco y se apaga al impulso de un parpadeo. Como una vela, callada y suavemente...

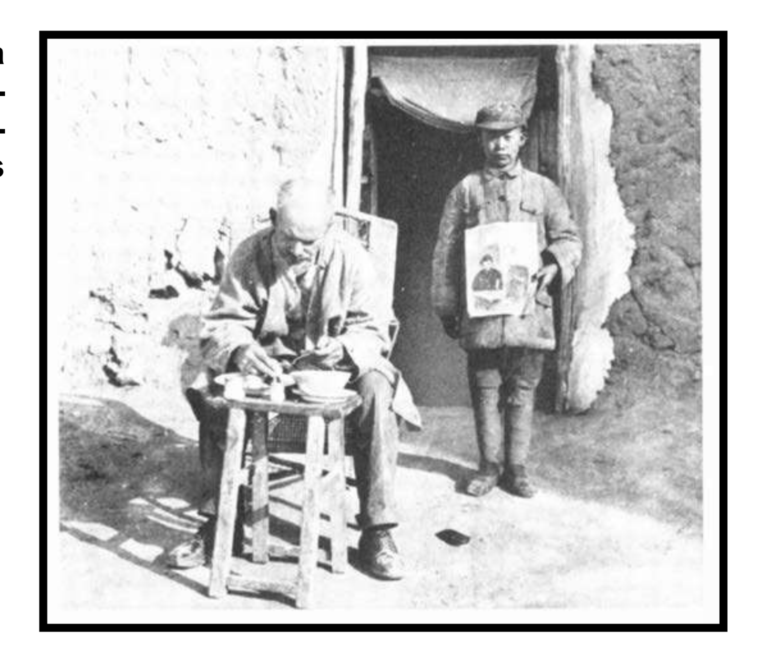


Bethune cabalga por China central, a la cabeza de su equipo médico, a lomos de un caballo blanco que le regaló el general Nieh después de haberlo capturado a los japoneses.

A pesar de los limitadísimos medios de que disponía, creó la primera unidad médica móvil del mundo, que salvó la vida a multitud de soldados. Se componía de ocho personas: un intérprete, su cocinero-ayudante Ho Tzu-hsin y el personal médico.

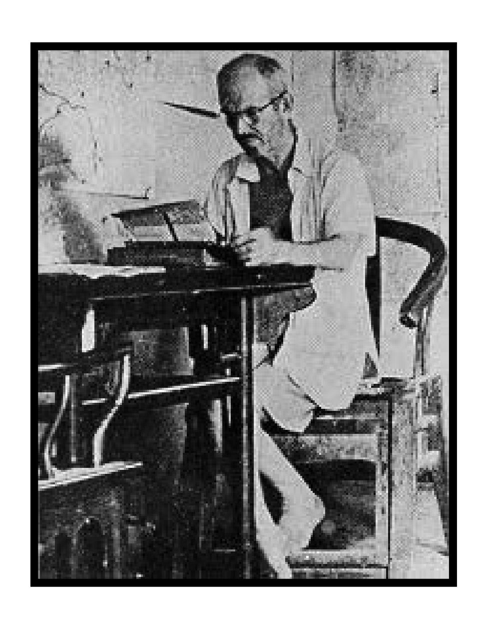
El hospital central tiene ahora 350 camas, todas ellas ocupadas. Debería ampliarse inmediatamente hasta 500. Otro cirujano y yo hemos realizado 110 operaciones en 25 días. Esta gente necesita todo. Les adjunto una lista de sus medicinas en almacén. Lamentable, ¿no? ¿Pueden enviarnos morfina, codeína, instrumental quirúrgico, salvarsán, carbasona...? Aquí hay demasiada disentería.

Bethune celebró con esta fotografía que Ho Tzuhsin, su ayudante, aprendiera a cocinar huevos como a él le gustaban.



Su vida en China fue muy solitaria. Sólo su intérprete sabía inglés; él aprendió sólo unas pocas palabras y frases elementales en chino. Para Bethune, brillante orador y conversador, tuvo que resultar difícil y dolorosa esta situación de incomunicación. Tal vez por ello dedicaba sus ratos libres a escribir.

No dispongo de radio. Hace ocho meses que no leo un periódico en inglés. Recibo el correo cada dos meses y medio. Puedes imaginar la alegría con que recibo tus cartas, especialmente porque me dan noticias importantes de lo que pasa ahí. De hecho, si no fuera por tus cartas viviría en la oscuridad...



Bethune ante su máquina de escribir.

Escribía infatigablemente libros, directrices para médicos y enfermeras, informes, cartas y artículos desde el frente, en demanda de ayuda médica.

La máquina de escribir era uno de sus pocos efectos personales. Se conserva en el Museo Bethune de Shih-chia Chuang.

¿Alguno más? Cuatro prisioneros japoneses. Traedlos. En esta cofradía del dolor no hay enemigos. Rasga el uniforme ensangrentado. Para la hemorragia. Que se tumbe junto a los otros. ¡Santo Dios, si parecen hermanos de los nuestros!...



Bethune operando en el frente sin guantes y con sandalias de campesino.

La falta de equipamiento y suministros con que desarrollar su actividad era su principal problema. La ausencia de guantes de goma para operar tuvo consecuencias funestas. En agosto de 1938 escribía:

Hoy he operado durante todo el día, y estoy agotado: diez casos, y cinco de ellos muy complicados.

Tengo un dedo infectado, y es imposible evitarlo operando sin guantes heridas infectadas. Es la tercera vez que me sucede en dos meses.



Bethune operando, sin guantes, en un templo budista en 1939.

A finales de octubre de 1939 se cortó un dedo durante una operación de urgencia. Su condición física era ya delicada, y la herida se infectó. Enseguida la infección se propagó por todo el cuerpo. Murió el 12 de noviembre de 1939.

Un día antes dictó su última carta a su intérprete:

Regresé del frente ayer. Ya no tenía sentido seguir allí. No podía levantarme de la cama ni operar. Se me infectó un dedo. Todo el día he tenido escalofríos y fiebre incontrolada. Temperatura alrededor de 39,6º. Muy mal. El día 9 más vómitos y fiebre alta. Todo el 10 he estado en la camilla, vomitando. Fiebre alta, más de 40º. Pienso que tengo una septicemia con fiebre gangrenosa o fiebre tifoidea. No consigo dormir, pero tengo la mente muy lúcida. Fenacitina, aspirina, antipirina, cafeína... todo inútil.

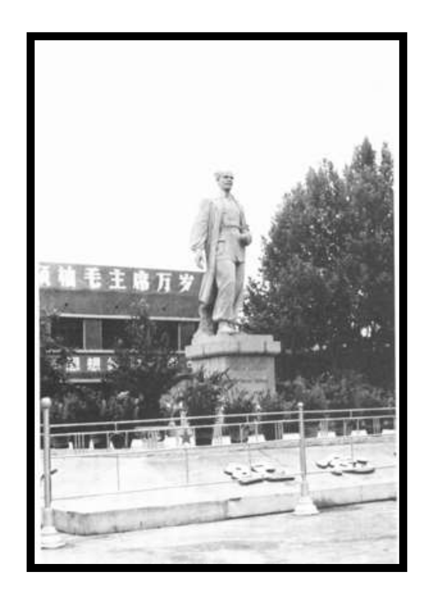
Te veré mañana, espero.



Bethune murió en la humilde cabaña de un campesino.

En China la figura de Bethune alcanzó enseguida dimensiones de mito y se convirtió en uno de los personajes más heroicos de la Revolución.

¿Así es que la guerra, la agresión, las guerras de conquista coloniales son simplemente grandes negocios? Sí, eso es, aunque los perpetradores de tales crímenes intenten camuflar el verdadero objetivo bajo el estandarte de altisonantes abstracciones e ideales. Se inventan la guerra para captar mercados por medio del asesinato, materias primas por medio de la violación...



Estatua de Bethune levantada ante el Hospital Internacional Norman Bethune, en Shih-chia Chuang.

En su honor se levantaron numerosas estatuas por toda China. Su figura ha llegado a alcanzar la aureola de un santo: benefactor, solidario y desinteresado.

¿Cómo son esos enemigos de la raza humana? ¿Llevan quizás una señal en la frente que los identifique como contaminados o los condene como criminales? No. Todo lo contrario. Son personas dignas de respeto. Son quienes reciben los honores. Se denominan y son denominados caballeros. Son los pilares del Estado, la columna en que descansa la sociedad.

II- Bethune en España

No he venido a España a derramar sangre,
sino a darla.



Bethune (derecha) con su compañero Sorensen durante su viaje desde Francia a Madrid.

Desde América se dirigió a Francia. Con el dinero proporcionado por el Comité Canadiense de Ayuda a la Democracia Española compró en París y Londres una ambulancia y diverso instrumental médico. Llegó a Madrid el 3 de noviembre de 1936.

La democracia se debate entre la vida y la muerte. Comenzaron en Japón, ahora en España, y después en todas partes. Si no los detenemos en España, ahora que aún podemos hacerlo, convertirán el mundo en un matadero.

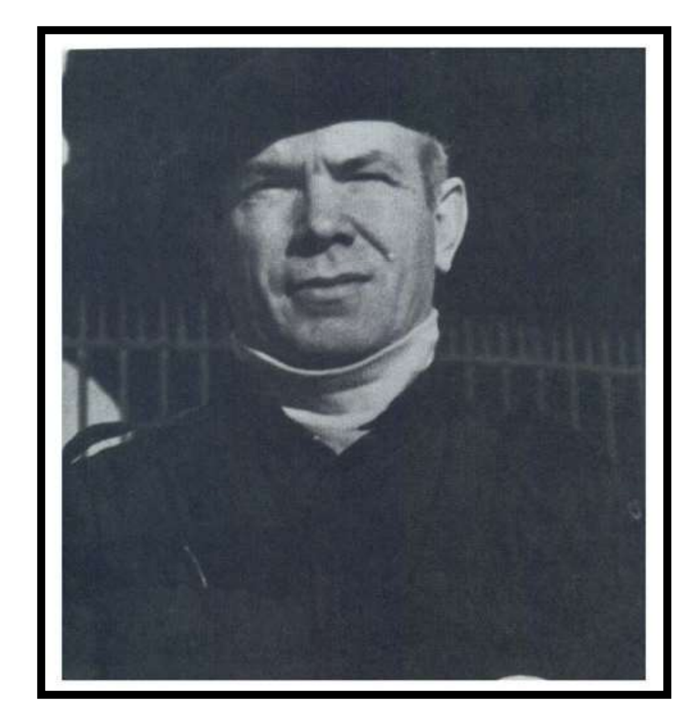


Bethune con un grupo de brigadistas internacionales.

Bethune se incorporó a los servicios médicos de las Brigadas Internacionales.

Los brigadistas eran voluntarios extranjeros que vinieron a España a defender al gobierno legítimo de la República y a luchar contra el fascismo, representado en el golpe de estado promovido por el general Franco.

Me niego a vivir sin rebelarme en un mundo que engendra crimen y corrupción. Me niego a cerrar los ojos por pasividad o por negligencia ante las guerras que hombres codiciosos desencadenan contra otros hombres...



Bethune al poco tiempo de su llegada a España.

Era Bethune un tipo incansable, brillante, simpático y emprendedor.

Propuso a los servicios médicos de la República la creación de una unidad móvil de transfusión de sangre.

La transfusión móvil nunca se había había hecho en el mundo y la idea pareció "utópica e impracticable". Pero Bethune ofreció encargarse él solo de la organización y la financiación del proyecto.

Conseguí un tipo de vehículo adecuado para nuestro propósito y compré un equipo completo para un servicio móvil de la transfusión de sangre. Siempre tuvimos presente la idea de la movilidad. Por ello todos los aparatos que compramos (refrigeradores, el autoclave, las incubadoras, etc.) podían funcionar con gasolina o con keroseno, sin necesidad de corriente eléctrica.



Bethune y sus los componentes de su equipo.

Creó el Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre, cuya misión era la de llevar sangre a los hospitales de Madrid.

En una camioneta Ford instaló un frigorífico, un esterilizador y diverso material médico. Esta ambulancia la utilizó en febrero de 1937 para el rescate de la población fugitiva de Málaga.

Al frente del Servicio estoy yo, Henning Sorensen es el oficial de enlace, y Hazen Sise (joven y talentoso arquitecto canadiense, hijo del presidente de la Compañía Eléctrica del Norte) es el conductor y la persona encargada de solucionar problemas de tipo general; además tenemos dos estudiantes españoles de medicina, un biólogo español, y a la señora Celia Greenspan de Nueva York (esposa del periodista M. Greenspan) como técnico. Estamos bien y somos felices.



Bethune y sus colaboradores a la puerta del Servicio de Transfusión.

En un piso de la calle Príncipe de Vergara instaló su banco de sangre. Durante tres días la prensa anunció la petición de donantes... Al amanecer, dos mil personas abarrotaban la ancha avenida. Al anochecer aún quedaban varios cientos, y ya estaban llenos de botellas todos los frigoríficos.

Uno de los métodos que usaba para recolectar sangre era cambiarla por vino, que regalaba a los donantes en los frentes.

Nos hemos instalado en un magnífico y palaciego piso de quince habitaciones ocupado antes por un diplomático alemán huido ahora a Berlín.

Disponemos de 175 recipientes de cristal de todo tipo: frascos al vacío para la sangre, botellas de goteo, envases, etc. Tenemos tres equipos completos de transfusión directa de sangre, un equipo completo de instrumental del pecho, 2000 sets de análisis de grupo sanguíneo, lámparas a prueba de viento, caretas antigás, etc. En total, nuestro equipo consta de 1.375 piezas diferentes.



Frigorífico, generador e instrumental médico que Bethune instaló en su furgoneta para llevar a cabo su programa de transfusiones de sangre móviles.

En un primer momento su trabajó consistió en distribuir la sangre de los donantes por los distintos hospitales de Madrid. Pero pronto Bethune y sus ayudantes empezaron a salir de la ciudad y llegaron a las líneas de los frentes cercanos a ella.

A través de la prensa y sobre la radio local difundimos diariamente solicitudes dirigidas a los donantes. Ahora tenemos millares de voluntarios y estamos ocupados en clasificarlos. Hay cerca de 56 hospitales en la ciudad. Hemos examinado la situación entera y tenemos una lista de ellos que contenían la información en cuanto al tamaño, capacidad, direcciones, bajo qué organización, teléfono, principal cirujano, tipo del servicio etc. Un mapa grande de la ciudad en nuestra oficina nos indica inmediatamente la ruta adecuada hacia cada hospital.

En cuanto recibimos la llamada de un hospital transferimos la sangre desde los frascos a las botellas esterilizadas al vacío; las introducimos en una mochila con otras botellas adicionales, el suero fisiológico caliente y la solución de glucosa, más una lata esterilizada.



Bethune practicando una transfusión de sangre en Madrid.

El 23 de diciembre Bethune detuvo su ambulancia ante un hospital de campaña de la Casa de Campo. Los heridos yacían por todas partes. Se paró ante un muchacho de unos diecisiete años con una herida en el vientre, la piel lívida, fría y húmeda, los labios flojos, las mejillas hundidas. Explicó su propósito al médico español, que se quedó atónito.

Bethune desgarró la guerrera, subió la manga de la camisa y buscó la vena. Abrió la pinza del tubo y la sangre comenzó a fluir: el herido se agitó, sus dientes dejaron de castañetear. Movió la cabeza y abrió los ojos. Con la segunda botella sonrió. Bethune encendió un cigarro, lo puso entre los labios del muchacho y buscó otro herido.

El Servicio ya está en marcha. Hemos tenido una magnífica respuesta del pueblo de Madrid. Las primeras transfusiones en el campo de batalla fueron efectuadas anoche con pleno éxito.



Con su ayudante Hazen Sise y algunos miembros de una unidad médica de montaña en la sierra de Guadarrama.

Durante sus visitas al frente observó que muchos heridos no sobrevivían a la pérdida de sangre, pues aunque llegaban vivos al hospital ya estaban demasiado debilitados y fallecían. Decidió entonces ampliar su radio de acción.

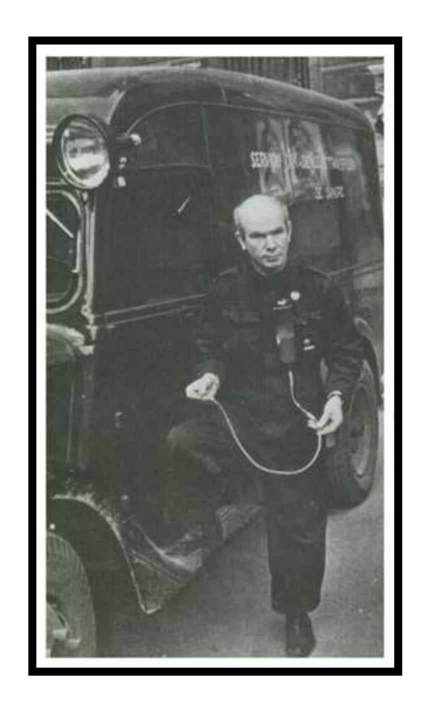
Un viento helado soplaba cuando cruzamos la llanura. Llegaba directamente desde las cimas nevadas de Guadarrama, e hizo que nos subiéramos el cuello de nuestros abrigos marrones y que diéramos gracias al sindicato de sastres de Madrid, que nos los habían regalado una semana antes.



Comiendo en la sierra de Guadarrama con los componentes de la unidad médica de montaña.

El Servicio Canadiense, con las aportaciones económicas que llegaban desde América, fue creciendo.

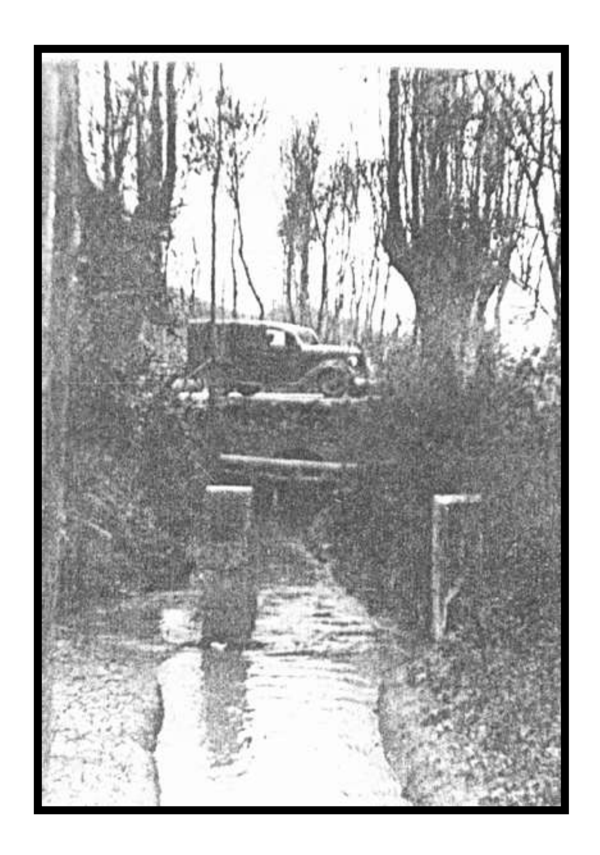
Tenemos planes de expansión hacia fuera, para dar servicio en las montañas de Guadarrama. Puede que más adelante necesitemos otro coche.



Bethune junto a la ambulancia del Servicio Canadiense

La amargura que le producía ver tanta destrucción aumentaba su fe en la causa republicana. Seguía creyendo que formaba parte de una cruzada internacional que acabaría con la perversidad y la barbarie del fascismo.

Sí, necesita una transfusión. Dos torniquetes más en el lugar para comprobar el flujo de la sangre hasta ambas arterias radiales rasgadas. Por su mirada y lo débil del pulso debe de haber perdido más de dos litros. Cinco minutos y estamos listos -sangre calentada a temperatura del cuerpo, jeringuilla totalmente esterilizada-. Miro la etiqueta: "Sangre nº 695, donante nº 2206, grupo IV, recogida en Madrid el 6 de marzo." Todo en regla. No hay hemolisis. Vamos allá -aguja adentro, jeringuilla funcionando perfectamente-. Cinco minutos y hemos acabado.



La ambulancia del Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre junto a un arroyo de la sierra de Guadarrama.

Confeccionó también un mapa de todos los arroyos de la sierra madrileña para poder poner la sangre a refrescar, en caso de que se le estropeara el generador o el frigorífico de su ambulancia.

Podemos enviar sangre a cualquier hospital dentro de un radio de 100 millas de Madrid en un plazo de tres horas.



Bethune, después de uno de sus servicios de transfusión, cerca de Guadalajara.

Por los singulares resultados del Servicio de Transfusión, Bethune recibió el nombramiento de Comandante.

Abandonamos el coche en medio del fuego de balas, y nos arrastramos por el suelo en busca de refugio. Al día siguiente volvimos a recuperarlo.

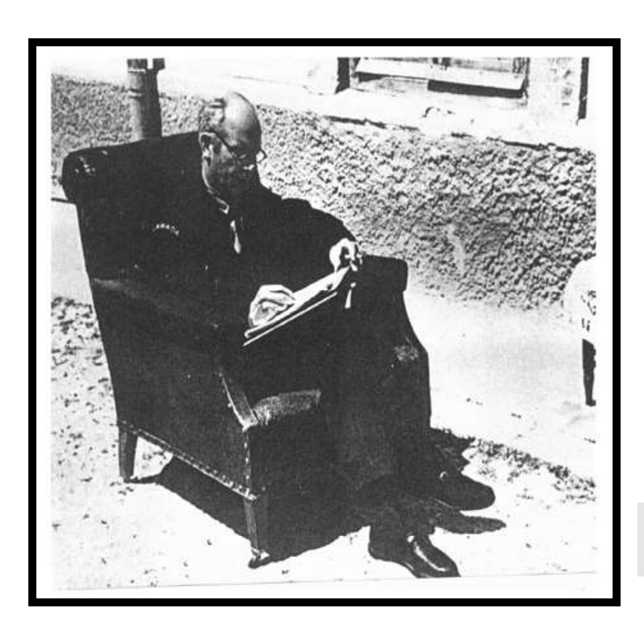


Una de las fotografías que Bethune envió a sus amigos de Canadá.

Bethune, muy fotogénico, gustaba de ser fotografiado. En esta ocasión la fotografía fue tomada el 1 de febrero de 1937, una semana antes de su intervención en la carretera Málaga-Almería.

Estoy muy agradecido por el estupendo apoyo del Comité y de la gente de Canadá. Nos sentimos enormemente alentados por esta magnífica ayuda. Puede usted asegurar a los trabajadores de Canadá que sus esfuerzos y su dinero están salvando muchas vidas españolas, francesas, alemanas e inglesas.

Bethune, en uniforme del Servicio Canadiense, escribe.



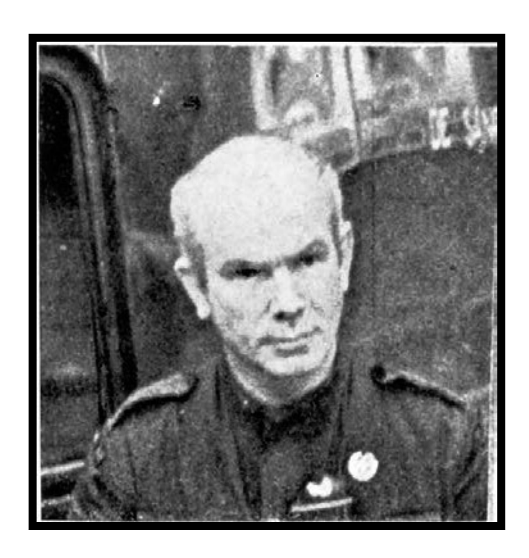
En los pocos ratos libres que le dejaba su trabajo, Bethune escribía sin descanso: manifiestos, solicitudes de ayuda, discursos para la radio...

Es en España donde los verdaderos problemas de nuestro tiempo van a dilucidarse. Será en España donde la democracia muera o sobreviva.

3.- El crimen de la carretera Málaga-Almería

El mundo entero fluía, en este momento,
en un único sentido.

(André Malraux, febrero de 1937)



El doctor Norman Bethune ayudó a los refugiados malagueños en su huida.

Imaginaos ciento cincuenta mil hombres, mujeres y niños que huyen en busca de refugio hacia una ciudad situada a cerca de doscientos kilómetros de distancia. No hay más que un camino. No hay más vía de escape. La ciudad que buscan es Almería, y hay que andar hasta allá cerca de doscientos kilómetros.

Lo que quiero contaros es lo que yo mismo vi en esta marcha forzada, la más grande, la más horrible evacuación de una ciudad que hayan visto nuestros tiempos.

Norman Bethune



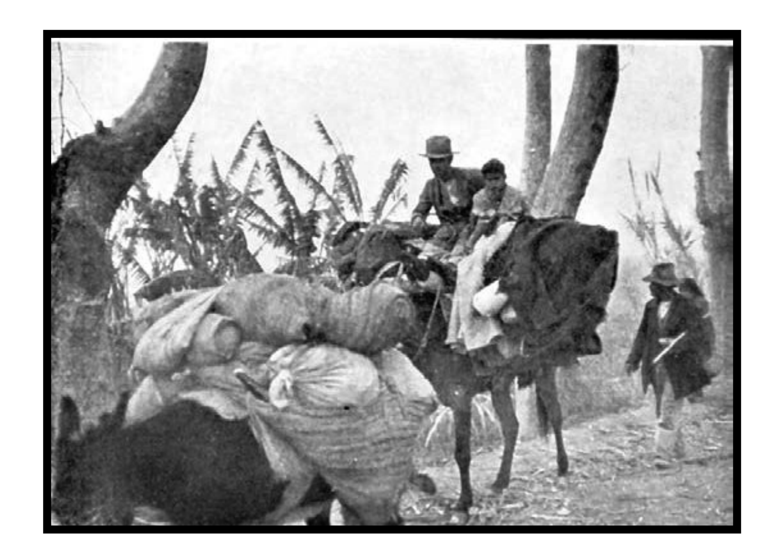
El malagueño sale de la ciudad con sus hijos, sus ropas, su tristeza por la ciudad perdida.

Mis pensamientos fueron interrumpidos por una extraña procesión. Miré por el parabrisas con curiosidad. ¿Campesinos? Sí, caminando con el típico asno. Después, cuando nos acercamos, vimos que no eran simples campesinos. Viniendo hacia nosotros nos encontramos a un hombre que llevaba un burro tirado por una cuerda. Caminaba con los pies a rastras, su cabeza caída hacia delante y con un niño a su espalda sujeto con una manta. El burro iba cargado con una colchoneta, cazuelas y sartenes, un par de botas, mantas y una jarra de agua. Un niño iba casi colgado sobre la cola del animal. Tras él venía una mujer con otro niño en brazos, y más atrás un viejo cojeando con un bastón y tirando de otro niño por la mano.

Norman Bethune

No se podía andar, tanta gente iba. Se escuchaban voces llamando a niños perdidos y a otros familiares. Casi no se podía andar: mujeres, niños, hombres con enseres, con lo único que tenían...

Paula López Sánchez, refugiada de Istán



Burros, mulos, enseres de la casa del pobre.

El segundo grupo pasó a nuestro lado, y ya me inundó un sentimiento de ira, pena e impaciencia. Seguíamos adelante y en cada curva del camino encontrábamos más refugiados. Al principio eran grupos dispersos. Después aparecían a intervalos más freculentes, y por último una hilera continua, unos pisando los talones a los otros. Una muchedumbre de personas y animales ocupaba todo el ancho de la carretera.

Norman Bethune

La carretera iba llena de gente. Nosotros llevábamos lo puesto y el fusil. Pero la gente llevaba lo que podía en carrillos, caballos, burros y bicicletas. Coches no había ni uno.

José Ginés, 20 años en 1937

Caminando hacia Almería.



Había familias que caminaban juntas llevando unas cuantas posesiones sin valor. Hombres y mujeres que parecían ir solos, caminando sin remedio al paso que marcaban los demás. Niños con cara alucinada pasando de mano en mano. Parecían haber nacido del suelo; otras veces eran como sombras moviéndose hacia ninguna parte.

Norman Bethune

Todos cargaban con más de lo que podían llevar: utensilios de cocina, colchones, etc. Pero a medida que se iba alargando el camino se iban desprendiendo de todo, y lo que se conservaba eran las mantas y algún objeto para llevar comida.

Cristóbal Criado Moreno, 16 años en 1937



La caña de azúcar como escaso y único alimento.

Sise detuvo el camión. Yo salí y me paré en medio de la carretera. ¿De dónde venían? ¿A dónde iban? ¿Qué estaba ocurriendo? Me miraban tímidamente. No tenían fuerza para seguir, pero temían detenerse. Decían que los fascistas venían detrás de ellos. ¿Málaga? Sí. Málaga había caído. Málaga. Nada más. ¿A dónde iban? A donde el camino los llevara. No había otra carretera. Los fascistas habían llegado a Málaga. Las armas habían tronado. Las casas fueron arrasadas. La ciudad había sido golpeada duramente, y toda persona capaz de andar se había echado al camino. "Den la vuelta", nos aconsejaban. No había quedado nada. Nada tras ellos, excepto más gente en la carretera y más atrás aún, los fascistas otra vez.

Norman Bethune

Pasamos mucha hambre. Al salir de Málaga se llevaba algo, pero a los dos días de marcha ya no quedaba nada. Se comía lo que se podía: caña de azúcar o alguna hortaliza. Nosotros nos encontramos una bolsa de harina, y fue fenomenal: nos apartamos a un vivero de Obras Públicas, y con agua y sal hicimos unas gachas. Llevábamos dos días sin comer nada.

Cristóbal Criado Moreno, 16 años en 1937



El interminable desfile.

...El sol de España era aquel día tan despiadado como los fascistas. El calor era un enemigo temible. La carretera giró hacia el mar de nuevo. El ruido de las olas sobre las rocas retumbaba en la distancia bajo los sonidos del éxodo.

Ahora había más signos de pánico, prisa y desorden. Teníamos que maniobrar entre los carros rotos y los camiones abandonados. Los burros moribundos habían sido arrojados a las playas, donde la gente yacía también, con la lengua inflamada en sus bocas secas.

Norman Bethune

La carretera estaba llena de gente, como la calle Larios en ferias o en Semana Santa. Mi padre cada poco llamaba: ¡Natalia!, ¡Antonio!, ¡Maruja!... para que no nos perdiéramos. Una noche durmió a nuestro lado un muchacho de Antequera, como de catorce años, que se había perdido de su hermano y de sus padres.

Natalia y Maruja Montosa Roa, 14 y 13 años en 1937



Los niños huyen del invasor montados en el burro blanco.

Eran de todas las edades, pero sus caras estaban dibujadas con los mismos rasgos de agotamiento. Pasaban al lado de nuestro camión sin expresión. Una joven, como de dieciséis años, iba montada en un burro con la cabeza inclinada sobre un niño apoyado en su pecho. Una abuela, con la cara medio oculta en su pañuelo arrastrándose entre dos hombres; un patriarca consumido hasta quedar apenas en piel y huesos, con sus pies descalzos goteando sangre sobre el camino... Una mujer sujetando su estómago, sus ojos abiertos, aterrorizados. Era una corriente silenciosa de hombres y animales: los animales gimiendo como hombres, y los hombres impasibles como animales.

Norman Bethune

Mi padre era de derechas, y durante los siete primeros meses de la Guerra apenas salía de casa por miedo a que lo cogieran. Por eso cuando la gente empezó a irse, él no quería hacerlo. Pero nosotras teníamos mucho miedo, especialmente yo (Natalia) porque decían que iban a entrar en Málaga los moros y que cortaban los senos a las niñas y a las muchachas, y las violaban. También teníamos miedo porque oíamos a Queipo de Llano por la radio. que decía: "Malagueños, maricones, ponedle pantalones a la luna..." Además, un vecino nuestro llegó el día 7 diciendo que el Gobierno Civil (la Aduana) estaba cerrado y que había un cartel que decía: "Sálvese quien pueda". Convencimos a mi padre, y salimos.

Natalia y Maruja Montosa Roa, 14 y 13 años en 1937



Niños cansados, madres tristes, abuelos impotentes.

Pasamos al lado de muchos rezagados. Familias descansando al lado del camino. Hombres y mujeres amontonados, durmiendo sobre la tierra. Atravesamos pueblos tristes, vacíos por la retirada general.

Norman Bethune

La huida fue totalmente desorganizada. Íbamos mi padre, mi madre, mi hermano Antonio y nosotras dos; con nosotros también iba una familia vecina nuestra. Salimos el día 7, que era domingo de carnaval, a las diez de la noche, y siempre fuimos andando, hasta que llegamos a Maro el miércoles.

Cada cual llevaba lo que más apreciaba: el ajuar, el traje de novia, máquinas de coser...; yo (Natalia) cogí los zapatos blancos (habían costado 13 pesetas) y el vestido celestito de escobón que había estrenado ese día...

Natalia y Maruja Montosa Roa, 14 y 13 años en 1937



En los pueblos que atraviesa la carretera.

Yo pensaba en Málaga. ¡Una gran derrota! ¿Cómo había sucedido? Pero ahora no servía de nada pensar en ello. Lo que importaba ahora era que en alguna parte las fuerzas leales se estarían reagrupando. En algún lugar habría nuevas defensas y nuevas respuestas más duras aún. Al final del camino habría lucha, al menos acciones de retaguardia, heridos y moribundos que necesitarían la sangre que habíamos traído desde Madrid.

Norman Bethune

La verdad es que conocíamos por la gente que había venido de otros pueblos, incluso por boca de algunos que se habían querido escapar en el momento en que los iban a fusilar, de qué manera entraban y las atrocidades cometidas con el pueblo por el hecho de ser de izquierdas, haber pertenecido a algún comité, a algún partido o por rencillas particulares.

Cristóbal Criado Moreno, 16 años en 1937



Descanso sin agua y sin pan.

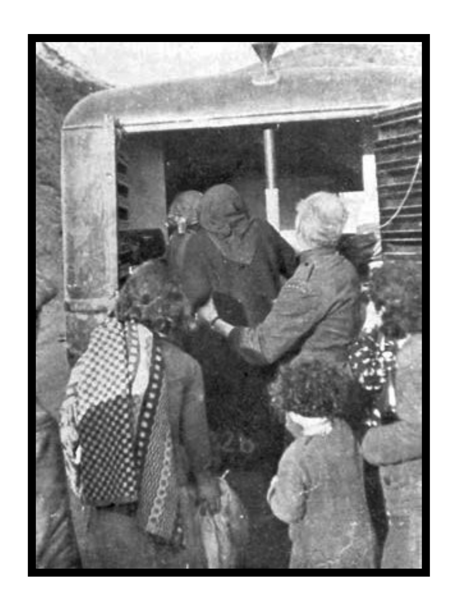
En la oscuridad un hombre sujetaba a un niño en brazos, sus ojos fijos en mí. Me mostró al niño, escuálido, con temblores de fiebre. Comenzó a hablar deprisa. No necesitaba traducción. Habría sido comprendido en cualquier idioma: "Mi chico, muy malo... Morirá antes de llegar a Almería... Tómelo. Déjelo en donde haya un hospital. Dígales que yo iré detrás. Diga que es Juan Blas, y que yo iré pronto a buscarlo". Cogí al niño y lo puse sobre el asiento. El hombre tomó mi mano convulsivamente e hizo el signo de la cruz sobre mí.

El camión se fue. Las mujeres lloraban por los hijos que se habían ido y por los que habían quedado atrás. Los hombres cargaron los bultos a la espalda de nuevo y comenzaron a avanzar, con el enemigo en el pensamiento como una amenaza constante.

Norman Bethune

La primera parada la hicimos en El Palo y todavía no iba mucha gente, pero todos éramos población civil. Por El Palo venía algún que otro avión y volaba muy bajo. Entonces nos teníamos que bajar, y tirarnos al suelo.

Ana Pérez Rey, 9 años en 1937



Ayudando a los evadidos a subir en el coche ambulancia.

Tienen razón –dije-. No tiene sentido seguir avanzando ahora. Sólo podemos hacer una cosa: llevar a cuantos podamos a Almería. Descargaremos todo lo de la trasera del camión para hacer sitio y mandaremos todo el material con la primera ambulancia que pase. Acogeremos sólo a los niños.

Paramos el camión en la estrecha carretera, descargamos el equipo y las existencias de sangre, y después abrimos las puertas traseras. Se podía ver la excitación en los rostros de los refugiados.

Norman Bethune

Un médico, el jefe de Servicio Canadiense de Transfusión de Sangre, había venido con ellos. Un anciano, reducido a tendones y nervios, de esa vejez correosa que sólo parece existir en los campesinos, llamaba, llevando en el brazo izquierdo replegado un niño de pocos meses. Muchas y muy grandes angustias podían verse a lo largo del camino, pero quizá el hombre es más vulnerable a la infancia que a cualquier otra debilidad: el médico hizo detener el automóvil...

André Malraux: L'Espoir



En la casa que da al camino las madres reposan.

De pronto una mujer, delante de mí, se agarró a las puertas del camión y, con alguna dificultad, subió adentro. Yo la agarré del tobillo mientras juraba en voz baja; pero ella se soltó y se colocó en el espacio que había libre y se dio la vuelta para mirar.

-Fuera -le ordené mostrándole a la niña-. Tú o ella, ¿entiendes?; ¿vas a ocupar el sitio de la niña?.

Era una joven de pelo negro largo que le caía sobre la cara pálida. Me miró con ojos suplicantes. Después abrió su camisa y me mostró su vientre en el que se veía que dentro había otra criatura. Por un momento nos quedamos mirándonos, yo con la niña en mis brazos y ella con su hijo en el vientre. Se agachó, apretujada en el pequeño espacio que quedaba bajo sus pies, con su gran barriga entre las rodillas. Me sonrió y alargó sus brazos. Con los ojos, las manos y la sonrisa parecía decirme:

-Mira, yo cogeré a la pequeña y será como si yo no estuviera aquí, como si no ocupara el sitio de otro.

Y así, colocó a la niña sobre sus rodillas, que apoyó su cabecita sobre su hombro.

Norman Bethune

También nos ametrallaron desde los aviones. Mis padres nos cubrían con sus cuerpos. A nosotros no nos pasó nada, pero yo vi que a otros les habían alcanzado.

Rosendo Fuentes Ayllón, 12 años en 1937



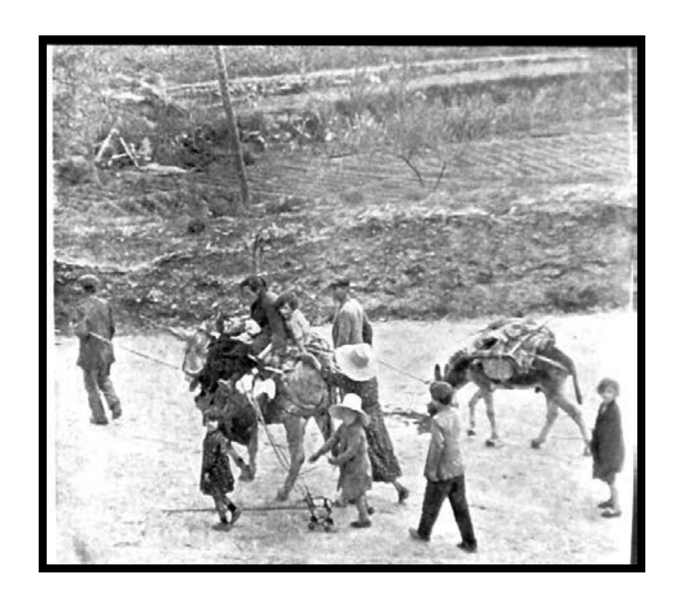
Todos los vehículos pasan colmados, rápidos, imposibles para la mayoría de los huidos.

Yo me puse de pie sobre el pescante del camión, haciendo visera con la mano protegiéndome los ojos del sol para mirar la llanura. La carretera ya no se veía en ningún sitio. Estaba desbordada por los refugiados. Miles y miles, agolpados, cayéndose unos sobre los otros, como un enjambre de abejas entrando en la colmena, llenando la llanura con un murmullo de voces, gritos, lamentos y los grotescos ruidos de los animales.

Norman Bethune

El tren no funcionaba. Pasaban muchos camiones y muchos coches, pero no llegaron muy lejos porque se acabó la gasolina. La mayoría de la gente iba andando... Luego, mucho más adelante, empezamos a ver muchas cosas abandonadas por la carretera, porque la gente no podía cargar con ellas; nosotras queríamos coger las cosas, pero mi padre no nos dejaba porque pesaban mucho. Nosotras creíamos que en un día de caminata llegaríamos a Almería, pero hasta Maro tardamos dos días y medio.

Natalia y Maruja Montosa Roa, 14 y 13 años en 1937



Niños, juguetes, miseria, odio, desolación.

Imaginemos lo que serían cuatro días de andar escondiéndose en las montañas, perseguidos por los aviones de los bárbaros fascistas, y cuatro noches de caminar en grupo compacto hombres, mujeres, niños, mulas, burros y cabras, tratando de mantenerse juntas las familias, llamándose por el nombre propio, buscándose en las sombras.

Norman Bethune

La aviación nos bombardeó por la Cuesta de los Caracolillos. Había unos acantilados muy pronunciados y la gente o se iba para el monte o para la orilla. Mi familia se dispersó; yo estaba al lado de un malecón. Oíamos silbar las bombas muy cerca. Cuando dejaron de bombardear vi muertos por todas partes. Tratamos de reunirnos la familia, pero allí se perdió una hermana mía, la más pequeñita, que tenía ocho años; el resto nos fuimos reuniendo al rato de ir adelante, sin mi hermana. Pasada una hora iba con otra familia cogida de un carrito pequeño, y la vi yo... *(en este momento el relator rompe a llorar).*

Cristóbal Criado Moreno, 16 años en 1937



La interminable caravana se remansa junto a los pueblos de la ruta.

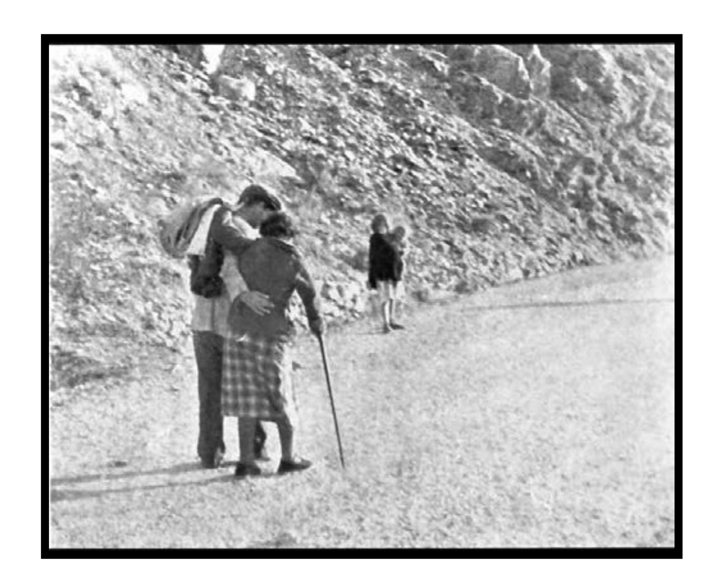
La llanura se extendía tan lejos como la vista podía alcanzar, y por ella serpenteaba una hilera de treinta kilómetros de seres humanos, como un gusano gigantesco con innumerables pies que levantaba una nube de polvo que se extendía hasta más allá del horizonte a lo largo de la árida llanura y se elevaba hasta las montañas.

Una fila interminable a lo largo del camino con el sol encima y el mar por debajo. Una muchedumbre de personas y animales ocupaba todo el ancho de la carretera. Mujeres gritando, burros rebuznando, caras pegadas a nosotros y, tan pronto como llegamos al alto, la muralla de refugiados se había formado de nuevo tras el camión.

Norman Bethune

Continuamos el camino y en La Rábita nos paramos a descansar y nos quedamos dormidos. A la mañana siguiente, en la recta de Adra, no se veía la carretera: era tanta la gente que caminaba hacia Almería, que todo el camino era una mancha de gente.

José Ginés, 20 años en 1937



El auxilio enternecedor.

A un lado del camino estaba sentada la mujer que tenía las piernas sangrando, mirando hacia arriba con la misma expresión de resignación en su cara consumida por el dolor. Cogí un rollo de venda y le vendé los pies. "Vamos! -le dije- queda un largo camino hasta Almería. Continuaremos un rato hasta que estemos seguros para descansar". Ella no entendió nada, pero me dio sus manos y la levanté suavemente, mientras le hablaba en aquella lengua extraña que antes nunca había oído. Juntos, con su cabeza contra mi hombro, alcanzamos al resto de los refugiados y seguimos el duro peregrinar hacia Almería (...)

Norman Bethune

Ya no tenía sentido seguir adelante, pues ya no podíamos llegar a Almería, porque los nacionales habían conseguido cortar la carretera en Motril. Comenzamos el regreso a Málaga. Por la carretera vimos muchos muertos: entre otros, milicianos ahorcados, una familia entera (el padre miliciano, la madre y tres niños) con tiros en la cabeza; muchos prefirieron suicidarse y dar muerte a su familia antes que caer en manos de los nacionales.

Mi madre tenía las piernas hinchadas y no podía andar más.

Natalia y Maruja Montosa Roa, 14 y 13 años en 1937

Murió su marido y ella salvará a sus pequeños.



Lenta y metódicamente fui abriéndome paso gritando entre la multitud histérica:

-Niños, solamente niños.

Parecía cruel, ahora, decidir quién se iría y quién se quedaría. Más aún que estar mirando impasible.

-Tú -dije señalando a una mujer que llevaba a un bebé en brazos-. Llevaremos a este niño.

Enseguida, docenas de manos voluntariosas la empujaron hacia mí. Pronto estuve junto a ella.

-Llevaremos al niño –repetí.

Pero la madre me miró con ojos grandes asustados y sujetando más fuertemente al niño. Quizá no me entendió. Alargué los brazos, pero ella seguía mirándome sin expresión, y enseguida vi que el hijo era demasiado pequeño para separarlo de su madre. Sentí de pronto un momento de indecisión. Era muy fácil decir "niños sólo"; pero los ojos de aquella mujer me habían contestado: "Llévate a mi hijo sólo y nos matarás a los dos".

Norman Bethune

Había muchos milicianos que pasaban con vehículos y ofrecían llevarse a los niños, pero mi padre nunca permitió que nos separáramos.

Natalia Montosa, 14 años



El doctor Bethune y sus camaradas Hazen Sise y Thomas Worsley.

Así estuvimos cuatro días y cuatro noches yendo y viniendo, trabajando para evacuar a lo que quedaba de una ciudad entera. Sise estuvo al volante durante cuarenta y ocho horas mientras yo me quedaba en la carretera preparando el siguiente grupo. Nuestras caras estaban ya partidas por falta de sueño. Perdimos la noción del tiempo. Vivíamos con el dolor de los que habían quedado atrás, pero con la alegría de los que habíamos llevado a la salvación. Trabajamos sabiendo que cada viaje podía ser el último y con el miedo de que los últimos refugiados fueran aniquilados por los fascistas.

Norman Bethune

No sabría precisar cuántos muertos hubo, pero yo vi muchos. A la vuelta íbamos los primeros. En Torre del Mar, en una noria vi muchos muertos, y por el camino de vuelta había alguna que otra anciana que quedó abandonada.

Cristóbal Criado Moreno, 16 años en 1937



Rendidos, deshechos, casi muertos junto al camino hostil.

Aquella anciana con heridas abiertas en las piernas ¿habría podido sobrevivir cinco días en la carretera? Pero allí estaba, arrastrando su vestido sobre el polvo. ¿Y los niños?: de todas las edades, casi todos descalzos ¿habíran sobrevivido? ¡Demasiados niños! Una rápida mirada a lo largo del camino le producía a uno un fuerte escalofrío: kilómetros de gente, y en medio miles de niños.

Había una mujer de sesenta años que no podía dar un paso más: la sangre de las úlceras de sus piernas hinchadas teñía de rojo sus alpargatas blancas. Muchos viejos abandonaban toda esperanza y, tumbados en la cuneta del camino, esperaban la muerte.

Norman Bethune

El día de mi cumpleaños, por la mañana, un hidroavión italiano nos bombardeó en el pueblo de Motril. Lo recuerdo muy bien porque una bomba nos tiró por los aires a un tío mío y a mí. Fue una suerte que estuviéramos en un campo recién arado: según se dijo, la bomba, de no gran tamaño, penetró en la tierra y esto atenuó la explosión de la misma.

Rosendo Fuentes Ayllón, 12 años en 1937

Los niños han de caminar.



Bien puede el mozo sano y robusto caminar cuarenta o cincuenta kilómetros al día; pero la jornada representa para estas mujeres, para estos ancianos y para estos niños, una caminata de cinco días con sus noches, cuando menos. Y no encontrarán alimento en los poblados por donde pasan, ni trenes ni autobuses para transportarlos. Tienen que caminar... y caminan tambaleándose, tropezando, abriéndose los pies en los pedernales del camino polvoriento

Norman Bethune

Los ochenta niños del orfanato esperábamos en la acera, cada uno con su ropa y alguna cosa más en un hatillo, a que llegaran unos autobuses del Socorro Rojo que iban a llevarnos. El gentío que pasaba era enorme. Llegaron los autobuses y toda la gente quería subir. En ese momento alguien dio la alarma y apareció un avión que, siguiendo la línea de la carretera, ametrallaba y bombardeaba a baja altura. Muchos salimos corriendo a refugiarnos en el campo; otros prefirieron quedarse en el autobús para asegurarse la plaza hasta Almería. Cuando se marchó después de hacer varias pasadas en las que arrojó bombas incendiarias, volvimos y encontramos nuestro equipaje y los autobuses ardiendo: los que se quedaron estaban muertos. Todo el mundo trataba de reencontrarse, pero del grupo de niños quedamos diez; de los demás y de los profesores no volvimos a saber nada en todo el camino. Y los diez, juntos y solos, nos fuimos hasta Almería.

Miguel Escalona Quesada, 10 años en 1937



Descanso en el camino hostil.

Y un silencio repentino se produjo entre todos los presentes mientras la luz de la verdad iluminaba sus mentes, como una visión. Era el silencio del patio de cárcel mientras el verdugo fijaba la cuerda alrededor del cuello del condenado, mientras los espectadores intentan darse ánimos para asistir al increíble acto final. Pero aquí no había espectadores. Todos eran víctimas. Todos sentían la soga alrededor de sus cuellos.

Norman Bethune

Pasamos muchas calamidades. Conforme iba pasando la avalancha de refugiados, todo se iba agotando. Era tal el terror, que si se divisaba a lo lejos un cuervo, se llegaba a pensar que era un avión, y la gente huía aterrorizada. Después de varios días andando, nos habíamos quedado sin calzado, y caminábamos descalzos. Nunca he olvidado a aquella mujer que, herida por un obús, en medio de un charco de sangre amamantaba y abrazaba a su hijo de dos meses.

Miguel Escalona Quesada, 10 años en 1937



Familia descansando.

Miles de niños (contamos cinco mil menores de diez años), y por lo menos mil de entre ellos descalzos y cubiertos apenas con un harapo. Las madres los llevaban echados al hombro o tiraban de ellos por la mano. Pasó un hombre con sus dos pequeños a la espalda, niños de uno y dos años, y cargando además con cacerolas y trastos, y recuerdos queridos de su hogar.

Norman Bethune

En la marcha iban muchísimos niños. Hubo familias que se llevaban a niños que no eran suyos. La mayoría no podían andar y los llevábamos a cuestas. Yo llevaba a un primo mío de dos o tres años que estaba grueso. Nos hacía retardar mucho el paso. Pero nadie dejaba niños abandonados; todos trataban de llevarlos a adelante.

Cristóbal Criado Moreno, 16 años en 1937



Desfallecidos a lo largo de la ruta.

Entonces, unos cuantos aviones pasaron sobre nuestras cabezas. Brillantes aviones plateados: bombarderos italianos y Heinkels alemanes. Se lanzaron hacia la carretera y, como en una maniobra de tiro rutinaria, sus ametralladoras trazaban complicados dibujos geométricos entre los refugiados que huían (...)

Norman Bethune

En ese momento aparecieron cinco aviones fascistas, que empezaron a bombardear el camino: pasaba uno y soltaba las bombas; pasaba otro y lo mismo; así una y otra vez. Cuando terminaron las bombas, disparaban con las ametralladoras. Se marcharon. Cuando volví al camino me encontré con el espectáculo más horrible que he visto en mi vida: niños, mujeres, borricos por el suelo; unos muertos, otros heridos; quejidos: "¡Socorro!", "¡Ampárame!"...

José Ginés, 20 años en 1937



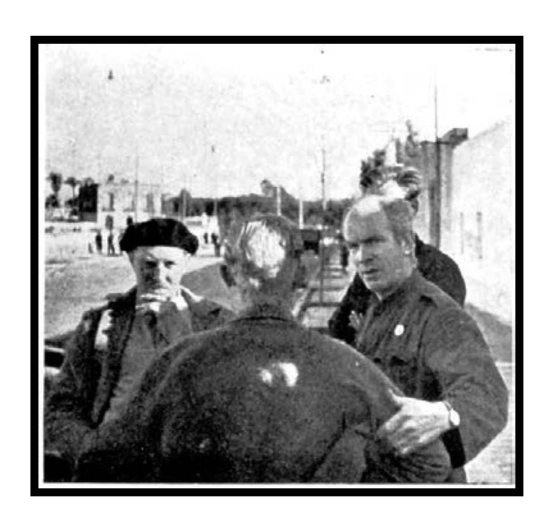
¿Abandonada? ¿Perdida? La niña sufre hasta el extremo de olvidar o desdeñar su tesoro de ayer.

Detrás del autobús una niña con el dedo en la boca gemía agachada al borde de la carretera. Vi a un miliciano tender la mano y coger la niña a la espalda. Al lado, un campesino llevaba a hombros a una mujer como si fuera un saco de patatas.

Norman Bethune

Al llegar al Faro de Torrox empezaron los bombardeos de los barcos... Hirieron a mi tía y a su madre, que le atravesaron el pecho, pero no murió; mi tía todavía tiene metralla. Todos gritaban y trataban de encontrarse, pero dieron una voz de que los heridos se fueran a un coche y, como mi tía y su madre estaban heridas, las metieron en el coche. Y yo me quedé sola y me perdí...

Ana Pérez Rey, 9 años en 1937



Diálogo en las calles de Almería.

En cuatro días la ciudad se había convertido en un vasto campamento. Las calles estaban llenas de refugiados que no tenían dónde estar ni adónde ir. Varios miles estaban en la plaza principal, al aire libre. Hombres y mujeres se levantaban lentamente del suelo para dejarnos pasar.

Norman Bethune

Llegamos a Almería el sábado por la tarde. Dormimos en un cuartel con camas pero sin mantas. Yo me abrigué con un capote. Nos dieron de comer lentejas. Tenía mucha hambre, y pude comer cuantas lentejas quise.

José Ginés, 20 años en 1937



En Almería, la metralla internacional también persigue a los malagueños indefensos.

¡Muerte y castigo eterno para aquella furia de asesinos que mataba mujeres y niños! ¡Infamia y maldición para los que miraban indiferentes! Y para los pobres inocentes que, engañados en todas partes, miran a los enterradores cavando las fosas sin pensar que pronto se abrirán para ellos, piedad y una advertencia.

Norman Bethune

Lo mismo que pasó en la carreta de Málaga-Almería lo he visto luego, y lo sigo viendo, muchas veces en el cine y en la televisión. Creo que lo que hicieron en Málaga fue como un ensayo de lo que posteriormente sucedió en otras guerras. Pero la primera vez que se atacó y bombardeó así a la población civil fue a nosotros, en aquella carretera: ocuparon Málaga y prepararon una trampa criminal a la salida.

Rosendo Fuentes Ayllón, 12 años en 1937